

## El curioso asesinato de Pepín Flores

Pepín Flores era futbolista. Su nombre no invitaba al éxito: Pepín, Pe-pín... no, no sonaba glamuroso. Y su conversión a Pepinho más bien lo empeoraba. Pepín era de familia pobre. *Humilde* era un eufemismo demasiado caro para sus miembros. Eran pobres como las ratas que les acompañaban a la mesa, sinónimo de *suelo*. Pepín no quería ser pobre. ¡Era una mierda ser pobre! Ser pobre no te hace feliz, solo te jode la vida, te pone restricciones absurdas para la materialización de cualquier deseo. Pepín quería ser rico para poder cumplir todos y cada uno de sus deseos, desde los más triviales hasta los más inconfesables.

Pepín jugaba a menudo con los chicos de su barrio, tan pobres como él. La diferencia de categoría entre ellos y él se manifestaba por boca de un viejo que todas las tardes antes de oscurecer le gritaba con la libertad que le otorgaba la ausencia de dientes: “¡Pepín, tú eres de primera, tú eres de primera!”. Pepín sonreía con la vergüenza y el orgullo entremezclados en medio de los vaciles de sus compañeros. Aquel anciano no se equivocó mucho.

Con quince años, Pepín fichó por el filial de un prestigioso club inglés, lleno de dinero hasta el escudo. Se notaba a la legua que Pepín era pobre cuando entró a aquel vestuario por primera vez. Más allá del contraste étnico con sus compañeros rubios de ojos azules, éstos se ataban las botas con una precisión y una simetría en los lazos de los cordones impresionantes, se peinaban y echaban colonia como si fueran a una gala en lugar de a un campo de césped artificial. Él pensaba que eran “unos pijos de mierda”, pero suspiraba por recibir tal calificativo cuando veía a sus padres venir a recogerlos en lujosos coches, con camisas y trajes que valían más que la ciudad –o cloaca– de la que había salido él.

Pepín no era educado, qué educación podía tener, Pepín era un superviviente, y en la selva no te enseñan a comer con cuchillo y tenedor. Duró un mes. Lo expulsaron por partírle la cara a uno de los rubitos, que no le pasó el balón en una clarísima ocasión de gol. El rubito falló por querer lucirse demasiado. A su derecha, completamente desmarcado, Pepín esperó un centro que nunca llegó. Sí que recibió la denuncia del padre del chupón. Qué ejemplo era ese para los niños, qué falta de ética desde el presidente hasta el utillero, cualquiera podía jugar ya en aquel equipucho, malditos extranjeros, etc., etc. Nótese el exquisito uso de *malditos*, tan respetuoso el tipo.

Pepín comenzó a mendigar por las calles de Londres cuando se acabó su primer y único sueldo. Salía a hacer filigranas con una pelota descosida y los transeúntes le lanzaban monedas como si fuera una superestrella. Desde luego, no hubiera tenido precio como malabarista de estos torneos de filigranas, pero para tocar algo de dinero hubiera tenido que ser el mejor y rezar para no ser excluido por este o aquel prejuicio. No nos engañemos: el talento debe llevar aparejada una imagen, un ridículo prototipo de lo que La Sociedad considera bueno, moral, positivo, modélico, influyente, católico, apostólico, romano... El talento sin imagen es el consuelo de los pobres.

Una madrugada de noviembre, gélida madrugada de noviembre, Pepín estaba terminando su show en una de las calles principales de la ciudad. A base de talento de pobre y dinero acumulado había conseguido un espacio mínimamente propio como para sentir que no lo hacía en la calle, sino en su calle. Concluyó la última sesión sobre las 2:00, frente a un grupo de turistas japoneses que pasaban por allí de vuelta a su hotel. Agazapado entre ellos se encontraba un observador que no era japonés. Se

llamaba Ricky Lachota.

Envuelto en su gabardina, el misterioso italiano de descendencia cubana se acercó a Pepín para transmitirle algo:

– Tú eres de primera, Pepín, tú eres de primera.

Pepín esbozó una media sonrisa.

– Ya me lo han dicho muchas veces.

– Lo sé, conocía bien al viejo que te lo decía.

La réplica dejó congelado a Pepín, con la mirada clavada en el infinito, viendo cómo se alejaba aquel hombre.

– ¡Espere! –gritó al tiempo que comenzó a correr tras él. Apenas doblada una esquina, había desaparecido como si nunca hubiera estado allí. Pepín volvió sobre sus pasos repitiéndose que estaba cansado, que no eran horas para creerse todo lo que pasaba a su alrededor.

Al día siguiente, Pepín amaneció muerto. No, es broma, todavía no nos lo cargamos. Mantengamos un poco más la tensión de la obligada confirmación del título sobre los pesados ojos del lector.

Al día siguiente, Pepín despertó en el hostel exhausto, como si le hubieran atropellado. Se notaba envejecido, con dolor de huesos, agarrotamiento de músculos y suspiros de alma. Puso un pie en el frío suelo de la alcoba. Ese pie era ridículamente peludo para su edad... ¡era ridículamente peludo para cualquier edad!, ¡ese pie no era humano!, ¡parecía el hombre lobo!, ¡Chewbacca!, ¡el Yeti!, ¡Esperanza Aguirre! Pepín salió despavorido vociferando que ya no podría jugar al fútbol, que aquel felino incrustado no entraba en una bota reglamentaria. Pensó en acudir a un peluquero o a un veterinario, tomar con valor un cuchillo o unas tijeras, pues sus ganancias no daban para láser.

¿Adónde iba a ir Pepín con ese extraordinario pie, si es que el término *pie* seguía siendo remotamente adecuado? ¡Y para colmo el derecho, el bueno! ¡A la porra los libres directos a la escuadra o los malabares imposibles con una mandarina! Pepín temía por su carrera, aún vislumbrada con fe en el horizonte de sus sueños. Sin embargo, pronto descubriría que debía temer mucho más otras cosas.

Después de haberse pateado media manzana, un coche paró enfrente de él en una calle trasera de los bajos de Londres. Iban a secuestrarle. Pero no una mafia. O no una mafia con pinta de mafia. No eran señores trajeados, llevaban batas blancas, no portaban subfusiles *Thompson*, sino tranquilizantes, no lucían sombrero y la mayoría eran calvos.

– Somos de la *CASA, Confederación de Animales Sobrenaturales Amaestrados*. Estate quieto, joder.

– Le pincho otra vez.

– Resultas ser un magnífico ejemplar de *patachula costarricense*, te llevamos siguiendo toda tu vida, desde que nos informaron de tu nacimiento. Tu fichaje por un club europeo estaba programado. En Latinoamérica no tenemos infraestructuras suficientes para tratar casos de gran envergadura. De lo demás ya se ha ocupado tu carácter, intrínseco a tu raza, definida por una calidad en los pies sobrehumana y un mal genio genéticamente incorporado, con tintes de salvajismo, aún esporádico debido a tu edad. A los veinticinco probablemente destrozaría esta ciudad con tus manos.

– ¿Por qué te crees que Messi fichó tan joven por el Barcelona? Es otro caso de patachula, versión argentina. La diferencia reside en que sus tratamientos de crecimiento contrarrestaron los efectos de su brote.

– Cada vez que pienso en la consecución de tan bello ejemplar...

– Cállate y conduce. Y tú mantén al chico agachado hasta que salgamos de la ciudad.

## CAPÍTULO I: EL PRINCIPIO DEL FIN

Los miembros de la CASA llegaron a Nottingham de noche, con Pepín dormido desde hacía medio día. Aparcaron en el patio por el que se accedía a la sede de la organización y trasladaron su mercancía a la sala de pruebas. Estaban entusiasmados con su nueva adquisición.

Pepín despertó sobresaltado. Lo último que escuchó en su cabeza antes de su regreso a la consciencia fue algo parecido a “¡Pepín, tú eres de primera, tú eres de primera!”

– Buenas noches, muchacho. –Ricky Lachota le dio la bienvenida a su nuevo hogar.

– ¡Usted! ¡¿Qué me ha hecho?! ¡Todo iba bien hasta que apareció usted!

– ¡Jajaja! ¡Bendito ignorante! ¡Yo solo me cercioré de tu presencia en Londres! Como ya te habrán explicado, esto viene de lejos, concretamente de quince años, nueve meses y trece días, catorce dentro de un rato. ¡Eres un bicho raro, Pepín! Jajaja, no tengas miedo, el primer paso es la aceptación... ¡pero da ese paso con cuidado!, jajaja, ¡el paso, ese paso con cuidado, jajaja!

Una bala de calibre recomendado para la caza mayor acabó con las carcajadas de Ricky Lachota. Era insoportable escucharle reír.

– Qué tío más pesado. Otra vez he tenido que matarle. –El autor del disparo, envuelto en una bata verde, bajó las escaleras hasta la planta en la que se encontraba Pepín con el rifle utilizado en una mano y un teléfono en la otra.

– Bajad a limpiar la chota de Ricky, he vuelto a dispararle. Recogedlo y metedlo de nuevo en El Resucitador. ¡Y modificad sus emociones! Quitadle euforia, rebajadle autoestima y ajustadle la alegría al mínimo. Gracias.

Pepín intentaba desligarse de sus férreas ataduras metálicas ante la amenaza que se le acercaba con tos bronca y desacompasado caminar. Conformarse con ser pobre no hubiera estado tan mal.

– Vaya, vaya... Pepín Flores, ¿eh? –masculló acariciándole el pelo, palpando su mentón, estirando sus párpados y pellizcando sus orejas.

– Señor, los primeros resultados denotan alteración del individuo en fase A del brote.

– Bien. –respondió con una cálida sonrisa de satisfacción.

– ¿Qué significa eso?, ¿qué soy? ¿Qué quieren de mí?

– Te queremos a ti. Punto. Cierra el hocico.

– Señor...

– ¡¿Qué?!

– Tiene que venir a ver esto, es increíble.

El malvado se acercó a su ayudante, quien le mostró unos gráficos con un montón de líneas picudas y aristas ascendentes. La mutación estaba cerca de saltar por los aires. Y tanto. Detrás de ellos emergió un bicho de dos metros, con un par de cuernos amarillos que quedarían vistosos en cualquier salón de película americana, a juego con unos colmillos tampoco desdeñables, un torso dominado por una manta de pelo, unas espaldas *herculescas* y un rostro feroz cual toro bravo.

## CAPÍTULO II: DE PASEO

Pepín –gran persona, mejor jabalí- pulverizó a los dos hombres con una facilidad pasmosa. Huyó del búnker sin que los vigilantes de la zona pudieran darle caza con sus dardos untados en anestesia. A su salida se topó con un viejo conocido: Ricky Lachota regresaba de El Resucitador.

– ¡Oh, Dios mío! ¡Mátame!, ¡Mátame, gloriosa criatura implacable!, ¡acaba con esta patética vida de lamento y desdicha! ¡Nada merece la pena ya! ¡La corrupción, el impuesto cultural, la comida precocinada...! ¡Aniquila mi ser hasta ser polvo, polvo desenamorado!

Pepín, a punto de caer en una depresión de caballo, no se manchó las zarpas con él, dejándole marchar – o morir de asco allí mismo–. Escapó con la ciudad dormida, logrando refugiarse en una casa abandonada cercana al campus de la universidad.

Amaneció y la criatura –eufemismo de *monstruo*– empezó a tener hambre. Enfiló el campus universitario sobre las 10:07, en plenos minutos de cortesía. Los estudiantes eran, en un alto porcentaje, rubios con ojos azules, blancos como el yeso blanco y... ¿tiernos? El bicho se aproximó a ellos con todo el sigilo que puede tener una bestia de tal magnitud: ninguno. Gritos, carreras, el héroe valiente y dispuesto al combate masacrado por idiota, llantos, histeria, caos y confusión. Nada nos causa más miedo que lo que no conocemos. Y, francamente, Pepín era bastante irreconocible dentro incluso de las cosas poco reconocibles. ¿Quién podría frenar su poderío?

Pepín, que de diminutivo ya no tenía nada, continuó su periplo por las atemorizadas aulas de la universidad. Primero sorprendió a los ingenieros, que, pertrechados con todo tipo de chismes, le causaron un complejo de inferioridad y una sensación de intimidación que provocaron su inmediata retirada. Probó suerte con los de ciencias teóricas, que estaban más asustados por el próximo examen que por su presencia:

– ¡Qué pesados sois con las bromitas, eh! ¡¿Es que no se puede estudiar en esta santa facultad?!

– ¡Márchate sin hacer ruido, criatura inmundal!

Finalmente, optó por dirigirse al área de letras. Una densa nube de humo le dio la bienvenida. Lejos de suponer un motivo para el pánico, acabó convirtiéndose en un colega más. Salió de allí con un colocón importante, recitando poemas de Rubén Darío.

Abandonó el edificio fracasado, no era un mutante de primera. Le aguardaban cuatro francotiradores apostados en edificios colindantes. Al unísono, le dispararon sedantes que finiquitarían lo que quedara de su resistencia.

### CAPÍTULO III: EL CURIOSO ASESINATO DE PEPÍN FLORES

Pepín no era tan malvado como aparentaba. No es que fuera uno de esos personajes por los que terminas sintiendo empatía, pero tampoco merecía ser tratado como una amenaza solo por haber sido un magnífico jugador de fútbol a una edad temprana y llevar en sus genes un crece-pelo de potencia desmesurada. Sin embargo, este juicio resulta ciertamente subjetivo –como todos los juicios- al tratarse de una voz amiga. Al fin y al cabo, yo soy su creador y yo debo sentenciarlo; éticamente no es sostenible que algo así vaya por ahí zampándose todo lo que encuentre a su paso, mi responsabilidad con este asunto es notable y debo responder ante la *CEHE*, *Comunidad de Escritores de historias Extraordinarias*, con un final trágico para él y moralmente aceptable para el resto.

Pepín fue llevado al tribunal superior de juicios rápidos a creaciones fantásticas para decidir su aniquilación. En un lado de la sala, la CASA, en el otro, la CEHE.

– ¿Por qué van a matarlo?, ¡es adorable!, ¡tan peludo! –manifestó el guionista de la última entrega de *El hombre lobo*.

– ¡Es un asesino! –replicó un miembro de la CASA antorcha en mano.

– ¡Si Walt Disney se descongelara se sentiría orgulloso de tamaña creación inspirada en el protagonista

de La Bella y la Bestia!

– ¡La criogenización del señor Disney es una leyenda, jamás ocurrió!

– ¡Y usted qué sabrá, si solo ha visto fútbol!

– ¡Calma, calma en la sala!

– Mire, señoría, esta... cosa es un problema mayúsculo para nuestros ciudadanos, sus vidas corren peligro.

– Podríamos deportarlo a África.

– Podríamos congelarlo junto a don Walt.

– Podríamos llevarlo a un circo y follarlos.

– Podríamos venderlo al mercado asiático.

– Podríamos...

– ¡Silencio! Ruego a los señores de la CASA que no intervengan todos a la vez. Bien, ¿qué opina el creador de Pepín Flores?

Un barullo altamente ensordecedor prosiguió a la palabra del juez.

– Como nunca llueve a gusto de todos, he decidido ofrecer tres finales alternativos a la historia de Pepín.

La réplica fue una algarabía de increpaciones y vítores.

– Final número uno, no teniendo por qué denotar favoritismo por el hecho de ser el primero: Pepín sufre una regresión a su estado natural, humano, y triunfa como jugador de fútbol. Final número dos: Pepín es abatido por la guardia real británica al intentar acceder al Palacio de Buckingham. Final número tres: Pepín es solo otra creación más de nuestro pensamiento, atado a unos estereotipos absurdos que rechazan toda modificación sin ni siquiera otorgarle el beneficio de la duda; por tanto, que cada uno elija el destino de Pepín, el que prefiera, el que mejor se ajuste a su conciencia y a su entendimiento del mundo, a diferencia de él, ninguno será juzgado.

– Se levanta la sesión. Muchas gracias, señor creador. Les concedo unos minutos de deliberación tras los cuales procederemos a la votación del final de Pepín Flores.

El juez le ha emplazado a usted, querido lector, a elegir el camino de Pepín Flores. Tómese su tiempo, nadie le apremia y el relato concluye para dejarle pensar. Su decisión trasciende más allá de la pervivencia de un ser inventado.

Relato de **Fernando López García**

Segundo premio de la VIII edición del concurso de relato corto F.T.C.